



VENID A ADORARLE

MARZO 2015



MISIÓN MADRID

Congregado el pueblo, que puede entonar algún canto, si se juzga oportuno, el ministro se acerca al altar. Si el Sacramento no se conserva en el altar en que se va a tener la exposición, el ministro, cubierto con el paño de hombros, lo traslada desde el lugar de la reserva, acompañándole algún ayudante o algunos fieles con cirios encendidos. Expuesto el santísimo Sacramento, si se emplea la custodia, el ministro incienso al Sacramento.

1. Canto para la Exposición

Tú eres, Señor, el Pan de vida

- 1.- Mi Padre es quien os da verdadero pan del cielo.
- 2.- Quien come de este pan vivirá eternamente.
- 3.- Aquel que venga a Mi no padecerá más hambre.
- 4.- Mi carne es el manjar y mi sangre es la bebida.
- 5.- El pan que Yo daré ha de ser mi propia carne.
- 6.- Quien come de mi carne mora en Mi y Yo en él.
- 7.- Bebed todos de él, que es el cáliz de mi sangre.

2. Lectura de un texto bíblico

Del evangelio según san Juan

Jn 2,13-25

Se acercaba la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo:

-«Quitad esto de aquí; no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre.»

Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: "El celo de tu casa me devora." Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron:

-«¿Qué signos nos muestras para obrar así?»

Jesús contestó:

-«Destruid este templo, y en tres días lo levantaré.»

Los judíos replicaron:

-«Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?»

Pero hablaba del templo de su cuerpo. Y, cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y dieron fe a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.

Mientras estaba en Jerusalén por las fiestas de Pascua, muchos creyeron en su nombre, viendo los signos que hacía; pero Jesús no se confiaba con ellos, porque los conocía a todos y no necesitaba el testimonio de nadie sobre un hombre, porque él sabía lo que hay dentro de cada hombre.

3. Oración en silencio

4. Canto

Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?

*El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra (x3)*

No permitirá que resbale tu pie, tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa el guardián de Israel.

El Señor te guarda a su sombra, el Señor está a tu derecha;
de día el sol no te hará daño, ni la luna de noche.

El Señor te guarda de todo mal, el Señor guarda tu alma.
El guarda tus entradas y salidas, ahora y por siempre.

5. Lectura de un texto del Magisterio de la Iglesia

De la Carta Apostólica de S. Juan Pablo II *Dies Domini* (18.21)

Dado que el tercer mandamiento depende esencialmente del recuerdo de las obras salvíficas de Dios, los cristianos, percibiendo la originalidad del tiempo nuevo y definitivo inaugurado por Cristo, han asumido como festivo el primer día después del sábado, porque en él tuvo lugar la resurrección del Señor. En efecto, el misterio pascual de Cristo es la revelación plena del misterio de los orígenes, el vértice de la historia de la salvación y la anticipación del fin escatológico del mundo. Lo que Dios obró en la creación y lo que hizo por su pueblo en el Éxodo encontró en la muerte y resurrección de Cristo su cumplimiento, aunque la realización definitiva se descubrirá sólo en la parusía con su venida gloriosa. En él se realiza plenamente el sentido «espiritual» del sábado, como subraya san Gregorio Magno: «Nosotros consideramos como verdadero sábado la persona de nuestro Redentor, Nuestro Señor Jesucristo». Por esto, el gozo con el que Dios contempla la creación, hecha de la nada en el primer sábado de la humanidad, está ya expresado por el gozo con el que Cristo, el domingo de Pascua, se apareció a los suyos llevándoles el don de la paz y del Espíritu (cf. Jn 20,19-23). En efecto, en el misterio pascual la condición humana y con ella toda la creación, «que gime y sufre hasta hoy los dolores de parto» (Rm 8,22), ha conocido su nuevo «éxodo» hacia la libertad de los

hijos de Dios que pueden exclamar, con Cristo, «¡Abbá, Padre!» (Rm 8,15; Ga 4,6). A la luz de este misterio, el sentido del precepto veterotestamentario sobre el día del Señor es recuperado, integrado y revelado plenamente en la gloria que brilla en el rostro de Cristo resucitado (cf. 2 Co 4,6). Del «sábado» se pasa al «primer día después del sábado»; del séptimo día al primer día: el dies Domini se convierte en el dies Christi!

Sobre esta base y desde los tiempos apostólicos, «el primer día después del sábado», primero de la semana, comenzó a marcar el ritmo mismo de la vida de los discípulos de Cristo (cf. 1 Co 16,2). «Primer día después del sábado» era también cuando los fieles de Tróada se encontraban reunidos «para la fracción del pan», Pablo les dirigió un discurso de despedida y realizó un milagro para reanimar al joven Eutico (cf. Hch 20,7-12). El libro del Apocalipsis testimonia la costumbre de llamar a este primer día de la semana el «día del Señor» (1,10). De hecho, ésta será una de las características que distinguirá a los cristianos respecto al mundo circundante. Lo advertía, desde principios del siglo II, el gobernador de Bitinia, Plinio el Joven, constatando la costumbre de los cristianos «de reunirse un día fijo antes de salir el sol y de cantar juntos un himno a Cristo como a un dios». En efecto, cuando los cristianos decían «día del Señor», lo hacían dando a este término el pleno significado que deriva del mensaje pascual: «Cristo Jesús es Señor» (Fl 2,11; cf. Hch 2,36; 1 Co 12,3). De este modo se reconocía a Cristo el mismo título con el que los Setenta traducían, en la revelación del Antiguo Testamento, el nombre propio de Dios, JHWH, que no era lícito pronunciar.

6. Oración en silencio

7. Preces

Oremos humildemente al Salvador de los hombres, que sube a Jerusalén a sufrir su pasión para entrar así en la gloria, y digámosle:

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre

- Redentor nuestro, concédenos que, por la penitencia, nos unamos más plenamente a tu pasión, para que consigamos la gloria de la resurrección
- Concédenos la protección de tu Madre, consuelo de los afligidos, para que podamos confortar a los que están atribulados, mediante el consuelo con que tú nos confortas
- Mira con bondad a los que hemos escandalizado con nuestros pecados, ayúdalos a ellos y corrígenos a nosotros, para que resplandezca en todo tu santidad y tu amor
- Tú que te humillaste haciéndote obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz, enseña a tus fieles a ser obedientes y a tener paciencia
- Haz que los difuntos sean transformados a semejanza de tu cuerpo glorioso, y a nosotros danos un día parte en su felicidad

Padre nuestro

Oh Dios, creador y restaurador de la vida humana, renueva en nosotros nuestras fuerzas desgastadas, que no podemos reparar por nosotros mismos.

Concede que quienes, por tu gracia, hemos llegado a la mitad de la cuaresma, podamos llegar con redoblado fervor al día del gozo pascual.

Dios bueno, haz que, en la práctica del ayuno, seamos alimentados con el pan de lágrimas, para que, despojados del hombre viejo, podamos llegar renovados a la santa Pascua.

Suscita en nosotros el deseo de contemplarte,
para que, reinando tú en nuestros corazones,
no temamos las dificultades presentes
y busquemos ardientemente el premio de la dichosa esperanza.
Por Jesucristo nuestro Señor.
Amén.

Al acabar la adoración el sacerdote o diácono se acerca al altar, hace genuflexión sencilla, y se arrodilla a continuación, y se canta un himno u otro canto eucarístico. Mientras tanto el ministro arrodillado incienso al santísimo Sacramento, cuando la exposición tenga lugar con la custodia.

8. Canto eucarístico

Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor; Dios está aquí;
venid, adoradores, adoremos a Cristo Redentor.
Gloria a Cristo Jesús, cielos y tierra, bendecid al Señor.
Honor y gloria a Ti, rey de la Gloria.
Amor por siempre a Ti, Dios del Amor.

9. Oración

Oremos.
Ilumina, Señor, con la luz de la fe nuestros corazones
y abrázalos con el fuego de la caridad,
para que adoremos confiadamente
en espíritu y en verdad
a quien reconocemos en este Sacramento
como nuestro Dios y Señor.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

10. Bendición y reserva

Dicha la oración, el sacerdote o diácono, tomando el paño de hombros, hace genuflexión, toma la custodia o copón y hace con él en silencio la señal de la cruz sobre el pueblo.

Acabada la bendición, el mismo sacerdote o diácono que dio la bendición, u otro sacerdote o diácono, reserva el Sacramento en el sagrario y hace genuflexión, mientras el pueblo, si se juzga oportuno, hace alguna aclamación y finalmente el ministro se retira.

11. Aclamación

Tu palabra me da vida confío en Ti Señor.
Tu palabra es eterna, en ella esperaré.